

840
G

QB44

F53

1899a

UN AMOR EN LAS ESTRELLAS.

— ¿Qué es lo que te sucede esta mañana?— exclamé al ver entrar á Andrés en mi gabinete con aspecto de gran desolación, pálido el rostro, la mirada incierta, la cabellera enmarañada, y el andar lento, como si llegase después de enorme caminata : — de seguro que no te habrás pasado la noche contemplando las estrellas por más de que el cielo ha estado hermoso como desde hace mucho tiempo no lo había yo visto.

— Pues te engañas, porque esta noche he observado mucho el cielo ; pero vuelvo apenas de un asombro extraordinario y no he podido cerrar los ojos ni un instante esta mañana. Aún estoy aturdido. Pero no creas que es producto del terror este aturdimiento, no : lo que he experimentado ha sido no más que una sorpresa ; una sorpresa agradable, encantadora, seguida de un pesar sin límites ; sorpresa tan fuerte, que ya lo ves, aún me duran sus efectos,

— ¿Has realizado acaso el descubrimiento de alguna nueva estrella de espectro fantástico, ó de una nebulosa de forma extravagante, ó de un cometa de cabellera inverosímil y lo que tienes no es más que el insomnio subsiguiente á las emociones vivas?

— Nada de eso : Se trata de una aventura mucho más extraordinaria que cuanto pudieras imaginarte. Figúrate que he vuelto á ver á Dora; sí, á Dora, mi muerta querida.

— ¡Oh, esa imaginación!... ¡cuántas te lleva jugadas ya! Acabarás por ser víctima de alucinaciones; tú, el hombre del espíritu sereno. Ponte en guardia, amigo mío : varias veces te he dicho que eres demasiado poeta. La pendiente es peligrosa : yo prefiero las matemáticas ; es más seguro.

— No hemos de discutir ; llamémosle alucinación, sueño, como tú quieras : sea lo que fuere es lo cierto que aún estoy aturdido de lo que ví y oí esta noche. Y no creas, que cuanto he visto y oído no tiene nada de inverosímil.

— Bueno, pues cuéntame esa historia : tengo la seguridad de que ha de ser interesante.

*

**

Era mi amigo Andrés un joven de veinticinco años, excelente observador del cielo, que dibujaba con gran exactitud los aspectos planetarios de Marte, Júpiter ó Saturno, tema predilecto de sus estudios, pero cuya imaginación fué siempre soñadora y mística. Herido por un dolor tan inmenso como inolvidable, desde la época de su desgracia se dejaba dominar por negra melancolía. Amó, cuando para él fué llegada la época de amar, y tuvo por compañera una joven deliciosamente bella, soñadora como él, ardiente y apasionada, de quien la muerte le separó implacable, después de tres meses de adoración sin límites. Y desde ese día tan

negro, durante los dos años ya transcurridos no había dejado de pensar en ella, logrando apenas olvidar su dolor por breves instantes, cuando se entregaba á sus trabajos científicos, trabajos que consumían sus fuerzas absorbiendo al par sus energías. La vida sin ella le resultaba triste, sin colores, y por eso con frecuencia deseaba la muerte. Tenía la esperanza de morir pronto, y en realidad su salud en otro tiempo tan completa, se debilitaba insensiblemente. Creyente en la supervivencia del alma, preguntábase á menudo dónde podría estar la que fué su ídolo ; y muchas veces me contó que él había creído notar su presencia junto á él mismo y oír una voz misteriosa que interiormente hablaba á su alma. Procuré siempre distraerle de tales ideas que se me antojaban peligrosas dado el estado de su espíritu, y pensaba haber conseguido algo, cuando lo ví llegar aquella mañana, agitado y nervioso aún, bajo los efectos en él producidos por su visión nocturna.

Defiriendo á mis ruegos me dijo que á cosa de las dos de la madrugada, mientras escrutaba con el telescopio una región de la vía láctea rica en estrellas, había recorrido con la lente la hermosa constelación del Cisne y detenídose ante una doble estrella admirable, Albireo, compuesta de dos soles, amarillo de oro el uno, y color de zafir el otro. Y en tanto que probaba un ocular de gran potencia sobre el sol azul preparándose á observarlo en el espectroscopio para estudiar especialmente tan curiosa luz, experimentó en la retina una especie de deslumbramiento que atribuyó en un principio al fulgor diamantino de la estrella, sintiendo al par sobre su espalda ligero cho-

que eléctrico. Continuó sin embargo la observación ajustando el espectroscopio á la lente; pero, sea por el cansancio natural á aquella noche de estudio, sea por momentánea necesidad de reposo, ello fué que se sentó en la amplia butaca en que tenemos costumbre de extendernos después de nuestras prolongadas observaciones, y se adormeció un instante. Los rayos de la luna, penetrando por el ventanal de la cúpula, formaban como una vía de luz azulada que llegase hasta el Observatorio para acariciar en él los aparatos, los globos y los mapas. Quiso levantarse para realizar su observación espectroscópica, y entonces, muy cerca de él, vió con sus propios ojos la forma adorada de su difunta, en pie, bañándola la luz lunar, sintiéndose al mismo tiempo clavado en el sillón por una fuerza magnética invencible. Pero, mejor será dejar al propio Andrés la palabra: he aquí textualmente reproducido su relato.

*
**

Dora estaba en pie, delante de mí: encima de ella brillaba Albireo. La mujer querida me pareció más bella aún que en otro tiempo, idealizada, como transparentándose en la celeste claridad que la envolvía.

Mi impresión primera fué de estupor; nada temía y sin embargo frío glacial recorrió todo mi cuerpo, de los pies á la cabeza, y empecé á temblar, aplastado casi allí en la butaca, como si mi cuerpo fuese de plomo. Ella no se acercó á mí, y creo que, de momento, no experimenté por mi parte deseo de acercarme á ella.

Me miró, sí; me miró tiernamente con sus grandes

ojos azules, que parecían siempre solicitados por nuevas y continuas sorpresas, y me dijo con vivacidad:

— ¿Por qué no vienes? Te espero: aún no hemos conocido el amor.

El sonido de su voz era el mismo que otras veces, y en cuanto lo hube escuchado perdió la aparición su extraño carácter, haciéndose por decirlo así, natural.

Al escuchar su dulce reproche, su confesión, para mí extraña, todos los momentos de dicha otras veces gustada, nuestras embriagueces y apasionamientos, nuestros éxtasis deliciosos, nuestros besos sin fin, la extravagancia misma de nuestras voluptuosidades, aparecieron de pronto á mi imaginación, y todos esos cuadros encantadores repentinamente evocados en mi cerebro lo iluminaron con relámpago de alegría infinita y no pude por menos de exclamar.

— ¡Cómo! ¿nosotros no hemos conocido el amor?...

— Seguramente, no; — replicó ella: — nosotros experimentamos sensaciones groseras, pero nada más.

— Groseras, pero ¡cuán dulces!...

— Sí, en la Tierra; pero aquí es muy diferente.

— ¿Cómo, aquí?

Ella entonces me contó que habitaba allí en el seno de una especie de población de ángeles. Y oyéndola se me antojaba que yo también vivía su vida nueva; porque aquello no era la muerte, no, sino una nueva vida, y con la mujer adorada me encontraba tan unido como lo estuve en otro tiempo.

— Sí, — añadió — ¡qué diferencia tan enorme entre el amor que se conoce aquí, y el que gustamos nosotros en la Tierra!

Confieso francamente que al oír estas frases experimenté impresión desagradable.

— ¿Cómo lo sabes? — le pregunté mortificado por el aguijón venenoso de los celos.

— ¡Loco, siempre loco! — me dijo con su adorable sonrisa: — ¡estás celoso de una muerta!...

— Pero es que tú no estás muerta puesto que me hablas de amor, puesto que pretendes experimentar ahora goces que no lograste conocer en la Tierra... No, no me hagas caso; no estoy celoso como te figuras; es que te amo como te amaba antes, como te amé siempre... Mira, aunque á mí mismo me parezca imposible, me siento capaz de razonar: vamos á ver, explícate.

— En la Tierra, sólo teníamos cinco sentidos: la vista, el olfato, el oído, el tacto, ejercen cada uno distinta influencia en nuestras sensaciones, aun cuando el amor verdadero reside esencialmente en la atracción recíproca de las almas. Digo que entonces no teníamos más que cinco sentidos; mejor dicho, cuatro.

— ¿Acaso tienes más ahora?

— Diez y siete. Y repito que te espero. De entre esos diez y siete sentidos hay uno que prepondera sobre los demás, que vale por todos, y que podría llamarse el sentido del amor.

— ¿Y cuál es ese?

— El sentido eléctrico. La electricidad desempeña papel importantísimo en el amor, aun tratándose de los organismos terrestres, tan groseros como obtusos. El alma humana es un ser substancial de naturaleza eléctrica que resplandece á lo lejos en torno de nuestro cuerpo material visible. Esa electricidad emite ondas

invisibles muy diferentes por cierto de las de la luz.

— Sí, ya sé, — repuse en el acto, sacudido mi espíritu matemático: — las ondas luminosas tienen tres diezmilésimas de milímetro de longitud, mientras que las ondas eléctricas miden treinta centímetros.

— No lo sabía.

— Comprendo pues perfectamente lo que me dices de que hay diferencia radical entre la magnitud de las vibraciones que generan los efectos eléctricos ó luminosos.

— No hay uno solo de los cinco sentidos terrestres, capaz de percibir las ondas eléctricas. Entre nosotros por el contrario, es ese el primero de nuestros diez y siete sentidos; el que las percibe: ése tiene aún mayor importancia que la vida misma. ¿Por qué se aman los seres? ¿por qué se experimentan simpatías y antipatías? ¿por qué existe la indiferencia? Misterio es ese que ignoráis, no obstante ser sencillísima su explicación para nosotros, que los percibimos directamente por un sentido especial. El alma, que es una substancia eléctrica, emite en torno suyo ondas eléctricas invisibles para vosotros, pero que nosotros percibimos: esas ondas podrías tú compararlas á las ondas sonoras emanadas de una cuerda de violín, de arpa ó de piano puesta en vibración. Si dichas ondas sonoras tropiezan á su paso con otra cuerda capaz de vibrar armónicamente con la que las ha producido, esta segunda cuerda sonará sin necesidad de que la toque nadie. Es ese un experimento que podéis hacer todos los días. Pues bien, si dos almas vibran al unísono, ó mejor aún, en acorde armónico, sus ondas mutuas, al encontrarse, se asocian, se casan, y ambos seres quedan

ligados mutuamente por cadena más sólida aún que el hierro. No son sólo sus miradas las que se unen, son sus seres completos los que se funden, y si el acuerdo es absoluto, la unión resulta indisoluble, siendo tiempo perdido el que se emplee en impedir dicha unión, que se cumple indefectiblemente, aun terminada la vida.

Si del encuentro de esas vibraciones de que hablo resulta cacofonía, prodúcese un sentimiento antipático mutuo para destruir el cual son inútiles los discursos más elocuentes.

Ahora bien, esas vibraciones del alma, esas ondulaciones etéreas las vemos nosotros en el mundo de Albireo, como veis vosotros por la luz en vuestro mundo; las percibimos gracias á nuestro sentido eléctrico, en tanto que para vosotros son completamente desconocidas. Si, en la Tierra ignoráis la existencia de esas vibraciones eléctricas que son algo así como la atmósfera misma del amor; este sentimiento lo experimentáis vosotros poco más ó menos como el sordo oye la música, de un modo incompleto.

— ¡ Oh ! — exclamé entonces, — ¡ qué ingrata eres !

— Nada de eso, ídolo mío; lo recuerdo todo!... Pero es preciso que pienses que el amor es la unión íntima de dos seres, que, en los amores terrestres, no se funden jamás en uno solo: pero aquí, donde el sentido eléctrico está tan desarrollado, nuestros cuerpos etéreos son como dos electricidades que se destruyen en el relámpago: es la conmoción tan intensa, que de dos seres que se besan, no queda más que uno en el momento de producirse el beso.

— Sucede pues, como con el oxígeno y el hidrógeno, que, al combinarse, pierden su individualidad

para formar una gota de agua, una perla líquida que contiene el arco iris y resume el Universo. Pero... ¿ y después ?

— ¡ Ah ! después es posible encontrarse nuevamente; yo no sé cómo el hecho se produce; lo que sé es que se resucita.

— Realmente, nada hay en eso que me asombre; ¿ no le es posible á la electricidad disolver la gota de agua y separar de nuevo el oxígeno del hidrógeno que al unirse la habían formado ? Eso se hace todos los días.

— Tú lo explicas todo á lo sabio; yo he seguido siendo mujer y no puedo explicar nada.

— De modo, — continué diciendo, — que se llega á perder la conciencia de la vida, á morir en realidad y á renacer después ?

— Eso. ¿ Comprendes ahora que nuestros diez y siete sentidos, gobernados por el primero de entre ellos, el sentido eléctrico, puedan proporcionar sensaciones ante las cuales los placeres más vivos que se experimentan en la Tierra no son más que groseras sensaciones de moluscos ? ¡ Y qué luz la que nos inunda ! ¡ Qué flores ! ¡ Qué perfumes ! Vivimos en perpetuo éxtasis... ¡ Oh ! si tu vinieses !... ¡ Si estuvieras aquí !

— ¿ No puedes llevarme ? — grité lanzándome hacia ella.

— Ven.

La estreché en mis brazos, junté á la suya mi boca, y de pronto, ví cómo Dora me arrastraba en el seno de una claridad azul muy dulce, sosteniéndome sobre alas inmensas. Yo me dejaba llevar, apelonado contra su cuerpo, perdido en aquel encanto inefable. Por la

atmósfera flotaban como nosotros numerosos seres, en forma de mujeres libélulas, con antenas, y crestas, y órganos aéreos que sin duda representaban los órganos nuevos de que ella me hablara. Entonces comprendí que había sido de pronto transportado á uno de los planetas del sol azul de Albireo. Cascadas de aguas azuladas caían de las rocas corriendo hacia un jardín inmenso todo tapizado de brillantes flores: pájaros de plumaje vistosísimo, que me parecieron luminosos, discurrían en todas direcciones.

— Atravesemos esta claridad — me dijo: — ven hacia el horizonte de la tarde, y descendamos á los palacios de la noche.

Y dejando atrás el hemisferio iluminado, llegamos á una atmósfera de semi-obscuridad. Todas las rocas, los vegetales, los seres todos brillaban con luz azulada, verde ó rosa, fosforescente ó fluorescente: esas rocas deben sin duda poseer propiedades análogas á las de los fosfatos y sulfuros de barita que se impregnan de la luz solar recibida durante el día para irradiarla por la noche. Los seres voladores eran asimismo luminosos al modo de las luciérnagas. En ese mundo la noche no lo es jamás completa, primero por esa fosforescencia de que están dotados los cuerpos todos: después por efecto del segundo sol de Albireo cuya lejana claridad no falta casi nunca, y además también por la presencia de un anillo semejante al de Saturno, que iluminado por esos dos soles diferentes, unas veces se presenta azul, otras amarillo, otras verde, é irradia hacia las sombras los más extraños efectos de luz opaca.

Este pobre y, minúsculo mundo terrestre que á nos-

tros nos parece que lo es todo; ¡ cuán pequeño resulta comparado con esas maravillas ultraterrestres!

Mi hermosa y querida Dora me llevaba amorosamente entre sus alas, y de este modo descendimos hasta las orillas de un lago cubierto por inmenso follaje arborescente, del que las anchas hojas parecían extender como un toldo de verdura sobre el fresco tapiz de musgo bordado de florecillas.

— Aquí es donde vivo, — me dijo ella: — descansenos.

Sin salir de mi encanto, de mi éxtasis, quise estrecharla entre mis brazos para en sus labios divinos saborear la dicha exquisita de ser por ella amado; pero no bien hubo tocado el suelo, cuando su forma terrestre desapareció quedando sustituida por otra diferente, como la de los seres que habíamos encontrado volando por los aires. Había desaparecido mi Dora. Sin embargo, estaba aún más hermosa, más radiante, tanto que al lado suyo yo no era más que un gusano miserable.

— Para amarme aún, para amarme siempre, es preciso morir, — me dijo: — deja la Tierra; aquí nos perteneceremos.

— ¿ Pero acaso no he dejado la Tierra? — exclamé sorprendido.

— No mira!

Con el extremo de una de sus antenas tocó con suavidad mi frente, y experimenté una sacudida eléctrica. Abrí los ojos, y me encontré solo, sentado en la ancha butaca: mi hermosa había desaparecido. No me cabe la menor duda de que habita allí, en la estrella del Cisne; me llama, y no tardaré en reunirme con ella. La quiero hoy como nunca.

*
**

Hasta ahí el relato de Andrés. Esa aparición le sorprendió tanto, que á partir del día en que la viera, su espíritu pareció perderse, alejándose cada vez más del mundo. Su salud declinaba rápidamente; pero vivía dichoso con su sueño, y con el anhelo, la idea fija de verlo realizado.

No me sentí pues sorprendido cuando pocos meses después de la aventura que acabo de referir me anunciaron la muerte repentina de mi querido compañero. Una hermosa noche de verano, obsesionado sin duda por la misma visión, sentóse en la butaca, cerca de la gran lente ecuatorial enfocada sobre Albireo, y allí lo encontraron por la mañana, creyéndole dormido: pero su cadáver estaba ya helado. Á la derecha había caído un frasquito con ácido cianhídrico, del que una sola gota es bastante para desatar los lazos que unen al alma con su envoltura carnal.

VIAJE AL CIELO

Esto era en Venecia.

El viejo palacio ducal de los Speranzi abría sus altas ventanas sobre el gran canal: el astro de las noches hacía reverberar en la superficie del agua una estela de argentadas agujitas, y el cielo inmenso se desarrollaba hacia lo lejos, por encima de las cúpulas y de las torres. Cuando los músicos embarcados en las góndolas doblaron el canal, deslizándose hacia el puente de los Suspiros, los últimos ecos de sus canciones se extinguieron en la noche, y hubiérase dicho que Venecia se dormía en aquel profundo silencio desconocido de toda colmena humana, excepto de la reina del Adriático.

Solo el sonido cadencioso del antiguo reloj llegaba á interrumpir aquel silencio veneciano, y tal vez hubiera para mí pasado inadvertida la profundidad del universal mutismo si á percatarme de ella no me hubiese invitado la regular oscilación del aparato destinado á medir el tiempo. ¡Cosa más extraña! aquel ruidillo monótono, alterando el silencio, parecía aumentarlo.

Sentado en el alféizar de la alta ventana, contemplaba el disco resplandeciente de la Luna señoreándose en